

dice que esto sucedía solo una vez cada año, siendo incierto el día y el momento) y se movía el agua, y el que entraba primero en la piscina, después del movimiento del agua, quedaba sano de cualquiera enfermedad que padecía.

Estaba allí un hombre (paralítico) que había treinta y ocho años que padecía su enfermedad. Cuando Jesús vio á este hombre, tendido en su camilla y que estaba ya de mucho tiempo, le dijo: ¿Quieres quedar sano? Y el enfermo le respondió: Señor, no tengo hombre que me meta en la piscina luego que el agua es movida, y cuando yo quiero entrar, ya otro ha entrado primero. Levántate, le dijo Jesús, toma tu camilla y anda; y luego fué sano aquel hombre, y tomó su camilla y caminaba.

Los escribas y fariseos reprueban esta curación milagrosa.

Era sábado este día, y esto bastó para que la maliciosa superstición de los escribas y fariseos calumniase el portentoso. Ellos veían que no tenían poder para hacer milagros; pero no querían que otro los hiciese sin su licencia en día de fiesta, como si hacer un milagro fuese obra prohibida en día de fiesta y entregada á su dispensación. No sabían quién había hecho este prodigio; pero trayendo á la memoria los muchos que había obrado Jesucristo, sospecharon que también sería el autor de este, y como la envidia no les permitía perder, ni la más insignificante ocasión de calumniarle, abandonando el prodigio de la curación á la admiración del pueblo, solo se ocuparon de la inobservancia del sábado. Al principio se estrellaron contra el paralítico curado, y casi le acriminaron su dicha como delito. Hoy es sábado, le decían, no te es lícito llevar tu lecho (en este día de fiesta); pero él les respondió: El que me sanó, aquel mismo me dijo: Toma tu camilla y anda; que fué decirles, el que me ha curado de una enfermedad de treinta y ocho años, me lo

ha mandado, y sin duda que un hombre semejante sabe mejor que vosotros en lo que consiste la observancia del sábado. Entonces le preguntaron: ¿Y quién es ese hombre que te ha dicho, toma tu lecho y anda? Mas él no sabía quién era, porque Jesucristo se había retirado silenciosamente de la multitud reunida, luego que sanó á este desdichado. Los escribas y fariseos quedaron muy descontentos de la inutilidad de sus averiguaciones. Ellos no podían negar este portentoso sin ser desmentidos por un mil de testigos. La curación era perfecta, y esto lo atestiguaba delante de todo el mundo la salud del paralítico, y en fin, la enfermedad se había estado presentando en la piscina por espacio de treinta y ocho años.

Después de haber recibido grandes favores del Cielo, es muy justo manifestar, lo más pronto posible, el reconocimiento delante de los altares. El paralítico luego que llevó su camilla á su casa, se fué á la de Dios á darle las más fervorosas gracias por el grandísimo beneficio que había recibido. Jesucristo, al parecer por casualidad, pero en realidad con mucha prevención, le halló á este tiempo en el templo y le dijo: Ya ves que estás sano. Guárdate de pecar en adelante, no sea que te suceda alguna cosa peor. Luego reconoció el paralítico á su Bienhechor, y fuera de sí de contento, se arrojó á sus divinos pies, dió á su Majestad las más tiernas gracias, y cumplido este deber, sobre todos los deberes, se fué á los escribas y fariseos, y les dijo: Sabed que es Jesús el que me ha sanado. Creía sin duda el buen paralítico que les daba una noticia tan agradable, como lo había sido para él su encuentro con su Bienhechor; pero se engañaba. Estos hombres estaban muy lejos de tener para con Jesucristo las buenas disposiciones que él sentía en sí mismo. En vez de alegrarse al saber que era Jesucristo el autor del milagro, solo trataron de perseguirle porque hacía milagros en día de fiesta.

Curar á un enfermo en día de fiesta, dirían, y mandar al curado que lleve su camilla en día de fiesta, esto

no puede hacerse por un autor de milagros. Luego es falso el milagro. ¡Bello modo de discurrir! Puesto que el milagro era evidente, ¿no deberían inferir por el contrario : luego hacer milagros en día de fiesta, luego llevar el curado la camilla en día de fiesta por mandato del que le curó, no es obra prohibida? ¿Pues qué? Quien dispensa en la ley natural, haciendo un milagro, ¡no podrá dispensar incomparablemente mejor en la ley positiva! ¡Y todavía mas en la del sábado, que en cuanto al día podía llamarse ceremonial! Jesucristo hacia con frecuencia los milagros en el día de sábado y los otros festivos, porque era mayor el concurso y se extendian mas las obras con que apoyaba su divina mision. Por otra parte, los milagros y cuanto pertenece á ellos son obras de religion, y las obras de religion no solo no estan prohibidas, sino mandadas en día de fiesta; mas para los Judíos todo era malo en tratándose de Jesucristo.

Falsa idea que tenian formada del Mesías.

Ya mas de una vez hemos visto la aversion que los escribas, los fariseos, los sacerdotes y los doctores de la ley tenian á Jesucristo, su verdadero Mesías; pero como desde este día, en que curó al paralítico de la piscina, principiaron los actos públicos de persecucion que en adelante hicieron siempre al Señor, importa que se forme para toda la serie de su vida humana una idea justa de la mala disposicion de estos hombres respecto á su divina persona. Soberbios en sí mismos y ambiciosos por lo que miraba á la nacion, intérpretes infieles del sentido de las santas Escrituras, que traian entre sus manos, y trastornadores de las tradiciones de sus padres, pintaron sobre falsas interpretaciones los caracteres del Mesías. Este debia ser, segun ellos, un rey guerrero que hiciese pedazos el yugo de los Romanos, conquistase los

reinos y sujetase á su imperio todas las naciones del mundo; y en este sentido interpretaban cuanto dicen los profetas acerca del reinado espiritual y universal de Jesucristo.

Llenos de estos pensamientos fastuosos, le vieron aparecer en Judá, pero sin conocer ni aun imaginar, que pudiera ser el Mesías. Jesus Nazareno, hijo de María y reputado por hijo de José, empieza á manifestarse en el tiempo preciso que ellos esperaban su Libertador; pero en vez de aquel Monarca, guerrero y conquistador del universo, solo ven un hombre sencillo y sin pretensiones al dominio de reinos ni de pueblos. Conocen que viene de la sangre real de David, pero no ven que prepare triunfos, ni que hable de victorias, ni que predique sino renuncia y despego de las cosas terrenas. Ven que obra continuos milagros, que sana á los enfermos, y da vida á los muertos; que hace patente el sentido de las sagradas Escrituras; que se aplica á sí mismo las profecías y las da cumplimiento; que se anuncia el Enviado é Hijo de Dios prometido á las naciones, y que prueba su mision con portentos; que enamora á los pueblos con la santidad de su vida y les gana con la multitud de sus beneficios. Ven... pero nada basta porque no ven el Mesías poderoso que ellos se habian prometido, y hé aqui el escollo de los escribas y fariseos y de la nacion judía á quienes ellos gobernaban. Mientras que no descubrian un Mesías segun sus ideas, no habia que hablarles de Mesías; por consiguiente, cuanto hacia Jesucristo para probar su mision era una apariencia para ellos, era un engaño. Conviene, pues, tener esto presente siempre para juzgar del proceder de los Judíos contra Jesucristo hasta quitarle la vida.

La respuesta que el paralítico habia dado á los escribas y fariseos, y las razones que naturalmente se desprendian de la evidencia del milagro, reducian á nada, como hemos visto, las acusaciones que habian hecho á Jesucristo por curar milagrosamente á un enfermo en

dia de sábado y mandarle llevar su camilla. Tomó sin embargo Jesucristo á su cargo la defensa de su hecho; pero de un modo tan elevado, que no nos ha parecido exponerle en una obra dirigida al comun de los fieles. Los sábios que quieran contemplarle y admirarle, podrán leer el capítulo quinto de san Juan, desde el versículo diez y siete hasta el cuarenta y siete.

Eleccion de los doce apóstoles sobre el monte.

Despues de haberse declarado públicamente los cabezas del pueblo judío enemigos de Jesucristo y manifestado sus deseos de deshacerse de su persona, nada habia mas urgente que elegir obreros evangélicos que se formasen en el tiempo de su breve vida y á su lado, para predicar su doctrina y enseñar á los hombres el camino del cielo despues de su Ascension al lado de su eterno Padre. Luego que volvió de Jerusalem, donde habia tenido lugar el ruidoso negocio sobre la curacion del paralítico, y llegó á Cafarnaun su ciudad, trató de esta eleccion, y para hacerla, subió al monte y pasó allí una noche en oracion de Dios. Así acostumbraba hacerlo cuando habia de ejecutar ciertas cosas que para los hombres, á quienes queria dar ejemplo, piden mayor deliberacion. Apenas fué de dia, llamó á sus discípulos y escogió doce de entre ellos, los que Él quiso (á los que llamó Apóstoles, que quiere decir Enviados), para que le acompañasen y para enviarlos á predicar.

Sus nombres y varias noticias de ellos.

Los nombres de los doce apóstoles son estos: el primero Simon, llamado desde ahora Pedro, y Andrés su hermano, hijos de Joná; Santiago (el Mayor) y Juan su hermano, hijos del Zebedeo; y Felipe y Bartolomé, que

segun algunos es el mismo que Natanael. Habia ya tiempo que estos seis seguian á Jesucristo, especialmente Pedro, Juan y Santiago, que casi siempre le habian acompañado desde su primera vocacion, y que fueron siempre como sus confidentes mas íntimos. Tambien le habia seguido Mateo, llamado Leví, y publicano en otro tiempo, á quien el divino Maestro apartó de este empleo y puso en el número de sus discípulos. Los cinco restantes fueron, Tomás, por otro nombre Didimo; Santiago el Menor, hijo de Alfeo; Judas Tadeo, hijo de Jacobo; Simon Canáneo el celoso, y Judas Iscariote, el que entregó á Jesucristo, y cuyo nombre se ve siempre con horror en la lista de los apóstoles.

Ninguno de los tres Evangelistas que refieren la vocacion de los apóstoles, deja de poner á Simon Pedro al frente de todos, y san Mateo cuida de notar, que Simon Pedro era el primero; esto es, la cabeza y el Príncipe del Colegio apostólico. Santiago y Juan tambien recibieron en adelante de boca de Jesucristo el nombre de Boanerges ó Hijos del trueno, y fueron, despues de san Pedro, los mas ardientes en el servicio de su divino Maestro. Santiago el Menor, Judas Tadeo y Simon Canáneo, eran tenidos por parientes de Jesucristo, y se les llamaba hermanos del Señor. De Tomás ó Didimo, se sabe que era Galileo; pero se ignoran sus padres y su pueblo. Judas el traidor fué natural de Iscarioth, y de aquí se llamó Iscariote. Jesucristo solo escogió tres de su parentela para el apostolado, haciéndonos ver en esto, que en la provision de dignidades no se debe atender á la carne y la sangre, pero que tampoco el parentesco debe excluir de ellas, cuando el pariente se halla con las disposiciones convenientes para desempeñarlas.

Su apostolado y mision en vida de Jesucristo.

Era el apostolado, en su origen, la carrera de los tra-

bajos, la profesion de la pobreza y la escuela del martirio. Mas esta suprema dignidad de la Iglesia naciente, no era menos venerable por no tener entre los Judíos incrédulos el esplendor y la abundancia que la habian de dar en adelante la piedad y la munificencia de sus hijos. Y si es verdad que sus fundadores no disfrutaron del apostolado sino las fatigas, tambien lo es que estos primeros pastores fueron bien compensados con el amor de sus ovejas y con la autoridad sin oposicion que siempre tuvieron para el gobierno espiritual de su rebaño.

Jesucristo habia elegido los doce apóstoles, no solo para que le acompañasen, sino tambien para que fuesen á predicar por los pueblos el reino de Dios, para curar los enfermos, resucitar los muertos, limpiar los leprosos y lanzar los demonios. Id, les dijo, y predicad por todas partes que se acerca el reino de Dios; pero no iréis todavía á los gentiles, ni entraréis en las ciudades de los Samaritanos, sino que iréis á las ovejas que han perecido de la casa de Israel. Usad allí del poder que os he dado: curad los enfermos, resucitad los muertos, limpiad los leprosos y lanzad los demonios. De gracia habeis recibido (este poder), usadle de gracia. Nada lleveis en el camino, ni oro, ni plata, ni dinero en vuestras fajas; ni alforja, ni dos túnicas, ni calzado (mas que el puesto), porque digno es el obrero de su salario. Ni lleveis palo (para defenderos, sino báculo para sosteneros).

En cualquier ciudad ó aldea en que entréis, preguntad: quién hay en ella digno (de hospedaros), que fué advertirles: que, como enviados y ministros de Dios, daban el mayor honor á la casa que elegian para hospedarse. Estad en ella, añadió, hasta que salgais (del pueblo). Cuando entréis, la saludaréis diciendo: La paz sea en esta casa; y si ella fuere digna, vendrá sobre ella vuestra paz, pero si no fuere digna, vuestra paz se volverá á vosotros, y todo aquel que no os recibiere ni oyere vuestras palabras, al salir de su casa ó de la ciudad

sacudid el polvo de vuestros piés en testimonio sobre ellos. En verdad os digo: que será mas tolerable (el castigo) á la tierra de Sódoma y de Gomorra en el dia del juicio, que á aquella casa ó ciudad.

Su mision despues de la muerte de Jesucristo.

Hasta aquí habia instruido Jesucristo á sus apóstoles, principalmente acerca del porte que debian guardar en esta mision que iban á hacer, durante su vida, para ensayo de su apostolado; pero como habian de desempeñar otra mucho mas larga, dificil y peligrosa despues de la muerte del Señor y de la venida del Espíritu Santo sobre ellos, quiso el divino Maestro prepararles, aunque á lo léjos, para ella, y continuó diciéndoles: Os envío como ovejas en medio de lobos. Sed prudentes como las serpientes; que fué decirles: así como la serpiente expone con prudencia su cuerpo por guardar su cabeza, que es el principio de su vida, así vosotros debeis exponer con prudencia vuestro cuerpo por guardar vuestra fe, que es el principio de la vuestra; pero seréis tambien sencillos como las palomas (viviendo prevenidos para padecer por mi Evangelio), porque los que le aborrecen, os harán comparecer en sus concilios, y os azotarán en sus sinagogas, y seréis llevados ante los presidentes y los reyes por causa de mí, en testimonio contra ellos (los Judíos) y contra los gentiles.

El suceso verificó cumplidamente estas profecias de Jesucristo. Pedro y Juan arrastrados con ignominia al tribunal del sanedrín; el mismo Pedro puesto en cadenas por orden de Herodes para satisfacer el odio de los Judíos; Santiago sacrificado á su furor por sentencia del mismo Herodes; Pablo azotado tres veces, apedreado y hecho comparecer ante Félix y ante Festo, presidentes, y ante Agripa, rey de Judea; Estéban muerto á pedradas en un tumulto de la sinagoga... estos y otros mil hechos

prueban, no solo la verdad de estas profecías, sino tambien la intrepidez y el aliento que les infundian el Profeta que las habia anunciado.

Cuando os entregaren (á los presidentes y reyes), continuó Jesucristo, no os detengais á pensar cómo ó qué habeis de hablar, porque se os dará en aquella hora lo que habeis de hablar; pues no sois entonces vosotros los que hablais, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros. Esta promesa se cumplió, como las profecías de que acabamos de hablar. El Espíritu Santo les servia de maestro, y ellos no venian á ser otra cosa que unos órganos de este divino Espíritu que hablaba por ellos. El hermano, dijo Jesucristo, entregará á la muerte al hermano, y el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres y les harán morir, y vosotros seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas el que perseverare hasta el fin, ese será salvo. Cuando fuéreis perseguidos en una ciudad, huid á otra. En verdad os digo : que no acabaréis (de convertir) las ciudades de Israel hasta que venga el Hijo del hombre (al fin del mundo á juzgar á los hombres). No es el discípulo mas que su maestro, ni el siervo mas que su señor. Bástale al discípulo ser (tratado) como su maestro, y al siervo como su señor. Si al Padre de familias llamaron Beelzebub, ¿cuánto mas á sus domésticos? Pero no les temais, porque nada hay escondido que no se haya de revelar, ni oculto, que no se haya de saber (y entonces se verá su conducta y la vuestra). Lo que yo os digo en secreto, decidlo vosotros en público; y lo que se os ha dicho á vuestro oido, predicadlo desde los techos (ó terrados). No temais á los que matan el cuerpo, porque no pueden matar el alma. Temed, sí, á aquel que puede arrojar al infierno el alma y el cuerpo. La justicia de Dios es la que debeis temer.

Los hombres nada pueden, ni aun contra la vida del cuerpo; todos estamos en las manos de Dios y vivimos bajo de su providencia, singularmente amorosa para con

los que le aman y temen, y nada puede suceder sin orden ó permiso suyo. ¿Por ventura no se venden dos pajarillos por un cuarto, y sin embargo, ni uno de ellos caerá en la tierra sin el permiso de vuestro Padre? Aun los cabellos de vuestra cabeza estan contados, y no perecerá ni uno solo (sin su licencia). No temais, pues, porque mejores sois vosotros que muchos pajarillos (no solo porque teneis un cuerpo mas perfecto que ellos, sino tambien, y sobre todo, porque teneis un alma que es imagen de Dios). Todo aquel, pues, que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo tambien delante de mi Padre, que está en los cielos; mas el que me negare delante de los hombres, yo tambien le negaré delante de mi Padre, que está en los cielos.

No penseis que he venido á traer á la tierra la paz (terrena y falsa que el mundo ama). No he venido á traer esa paz, sino la espada (de mi palabra que la divide y separa de la paz celestial y verdadera). He venido á separar al hijo de su padre, y á la hija de su madre, y á la nuera de su suegra (en todo aquello que la union sea contraria á su conciencia), porque los enemigos del hombre fiel serán los de su misma casa. El que ama á su padre ó su madre mas que á mí, no es digno de mí; y el que ama á su hijo ó su hija mas que á mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y me sigue (por el camino de la cruz, que son los trabajos sufridos por mí), no es digno de mí. El que halla su alma, la perderá; y el que perdiere su alma por mí, la hallará; que fué decir: el que ama su vida mas que á mí, perderá su alma; y el que perdiere su vida por mí, hallará su alma. El que á vosotros recibe, á mí me recibe; y el que á mí me recibe, recibe á aquel que me envió (que es mi Padre celestial). El que recibe á un profeta en nombre de profeta, recibirá el galardón de profeta; y el que recibe á un justo en nombre de justo, recibirá el galardón de justo; y el que diere á beber tan solamente un vaso de agua fria al mas pequeño de mis discípulos, no perderá el galardón de discípulo.

Baja del monte y luego se halla rodeado de enfermos.

Todas estas verdades predicó Jesucristo sobre la cima del monte despues de haber elegido sus apóstoles. Entretanto se habia sentado á su falda una multitud innumerable de los pueblos que esperaban su bajada para que les curase sus enfermos y les predicase su divina palabra. Apenas se presentó en la llanura, acompañado de sus discípulos y nuevos apóstoles, cuando se vió rodeado de enfermos de todas clases y de endemoniados. No era posible remediar á todos á un tiempo, y todos á un tiempo querian ser remediados; pero obraba la Omnipotencia. Todos los enfermos quedaron libres de sus dolencias, y del demonio todos los poseidos; porque salia de Jesucristo, dice el sagrado texto, una virtud que los sanaba á todos. Despues de haber curado todos los enfermos, sin que quedase uno solo que se quejase en aquella inmensa multitud, ni tampoco uno solo á quien el demonio atormentase; puesto todo en un profundo silencio, se sentó Jesucristo en medio de sus apóstoles, y levantando sus ojos al cielo, volvió á repelir las ocho Bienaventuranzas, porque apenas ninguno de los que se hallaban presentes las habia oido; ya porque se predicaron sobre el monte, y ya porque debia ser otro el concurso.

Entra en Cafarnaun y cura otra multitud.

Luego que el divino Predicador concluyó su sermon, despidió la multitud y entró en su ciudad de Cafarnaun á tomar con sus apóstoles algun alimento y descanso; pero un nuevo concurso de ciudadanos y algunos forasteros rodeó luego la casa en que habia entrado, que seria la de la suegra de Pedro, y ni para comer pan le daba lugar. El amoroso y compasivo Bienhechor de los hombres curó é instruyó á esta segunda multitud, como á la primera, y la despidió consolada.

Envía de dos en dos sus apóstoles á predicar por la Galilea.

Libre de todos, aprovechó los momentos para ordenar las misiones que habian de hacer sus doce apóstoles. Les dividió en seis compañías, y les envió de dos en dos á predicar el reino de Dios, curar los enfermos y lanzar los demonios. Habiendo salido de su divina presencia estos nuevos misioneros, iban de pueblo en pueblo, por toda la Galilea, predicando penitencia, evangelizando, curando en todas partes los enfermos y arrojando los demonios. Cuando les envió á predicar por ella, se reservó para sí la predicacion en las ciudades del nacimiento de cada uno de los apóstoles, conociendo que, para honrar su ministerio, no convenia que se dejasen ver desde luego predicando en ellas y que no harian muchos frutos en su patria, como habia sucedido al mismo Señor en la suya. Para la mision que iba á hacer, durante la ausencia de sus apóstoles, llamó á su lado cierto número de discípulos que debian trabajar en lo sucesivo bajo las órdenes de los apóstoles; y á fin de que se fuesen formando para sus ministerios, quiso tenerlos ahora por sus coadjutores y testigos de sus doctrinas y sus maravillas.

Resucita al hijo de la viuda de Nain.

Determinó principiar su mision por una ciudad llamada Nain. Iban con Él sus discípulos y una multitud de gentes, y cuando llegó á la puerta de la ciudad, hé aquí que sacaban de ella un difunto, hijo único de una viuda á la que acompañaban muchas personas de la ciudad. Luego que la vió el Señor, movido de misericordia por ella, la dijo: No llores. Los que llevaban el difunto se pararon, y entonces Jesucristo se acercó, tocó el féretro y dijo: Joven, levántate, y se levantó el que estaba muerto y comenzó á hablar, y el Señor le entregó á su

madre. Sobrecogió á todos el temor, y magnificaban á Dios diciendo : Un gran profeta se ha levantado entre nosotros y Dios ha visitado á su pueblo. La fama de este portento se extendió luego por toda la Judea y por todos los paises en rededor.

Envía san Juan dos discípulos á saber de Jesucristo quién era.

Seguia Juan en la cárcel, y sus discípulos corrieron á contarle las maravillas que obraba Jesucristo, y particularmente la resurreccion del hijo de la viuda de Nain. Oyó Juan los prodigios que le contaban, con aquel gusto y contento que inspira á un buen siervo la gloria de su señor, y eligiendo á dos de ellos, les envió á Nain á preguntar á Jesucristo : ¿Eres tú el que ha de venir, ó esperamos otro? Bien sabia Juan que lo era, cuando habia dicho : *Este es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo*; y la pregunta mas bien la hizo en nombre de sus discípulos que en el suyo, valiéndose de esta ocasion para que viesen y oyesen los milagros del Señor, y conociesen que era el verdadero Mesías. Jesucristo sanó delante de ellos á muchos de sus enfermedades y sus llagas y de los malos espiritus. Dió vista á muchos ciegos, y despues les respondió : Id, y decid á Juan lo que habeis oido y visto : que los ciegos ven ; que los cojos andan ; que los leprosos son limpiados ; que los sordos oyen ; que los muertos resuscitan ; y que el Evangelio es anunciado á los pobres.

Hace Jesucristo el elogio de san Juan.

Luego que se hubieron ido, comenzó el Señor á hablar de Juan á la multitud, diciendo : ¿Qué salisteis á ver en el desierto? ¿Una caña agitada del viento? ¿Mas qué sa-

listeis á ver? ¿Un hombre vestido delicadamente? Pero ved, que los que visten delicadamente y viven en delicias, estan en las casas de los reyes. ¿Mas qué salisteis á ver? ¿Un profeta? En verdad os digo, y mas que profeta. ¿Salisteis á ver un ángel, aquel ángel de quien está escrito : Hé ahí que envió mi ángel delante de ti, que prepara tu camino? Os aseguro, que entre los nacidos de mujeres, no se levantó profeta mayor que Juan Bautista. Sin embargo, el menor en el reino de Dios, mayor es que él; que fué decir : el menor de los bienaventurados, es mayor que Juan : y el menor de los cristianos, en cuanto cristiano, es mayor que Juan, en cuanto Israelita.

Continuó Jesucristo hablando á la multitud sobre la excelencia de Juan con respecto á los demás profetas, porque estos anunciaron al Mesías, y él le señaló con el dedo, sobre la maldad de los escribas y fariseos, que dijeron : que Juan tenia demonio, porque no comia, ni bebia ; y que el Hijo del hombre era un gloton, porque comia y bebia ; sobre el castigo que se haria en las ciudades, donde se habian obrado multitud de milagros y no habian hecho penitencia.

¡Ay de tí! exclamó en el calor de su discurso, ¡ay de tí, Corozain! Ay de tí, Betsáida! porque si en Tiro y Sidon, ciudades paganas, se hubieran obrado las maravillas que han sido hechas en vosotras, mucho tiempo ha que habrian hecho penitencia en cilicio y ceniza. Por tanto os aseguro, que habrá menos rigor para Tiro y Sidon en el dia del juicio que para vosotras. Y tú, Cafarnaün, ¿por ventura serás ensalzada hasta el cielo? (No). Antes bajarás hasta el infierno ; porque si en Sódoma se hubieran obrado los prodigios que se han hecho en ti, tal vez hubiera permanecido hasta el dia de hoy ; por tanto te aseguro que en el dia del juicio habrá menos rigor para la tierra de Sódoma que para ti.

Entonces levantando Jesus sus divinos ojos al cielo, dijo : Doy gloria á vos, Padre (mio), Señor del cielo y de la tierra, porque escondisteis esto (los misterios ce-

lestiales) á los soberbios y entendidos (como los escribas y fariseos) y los habeis revelado á los párvulos, á los humildes (como mis apóstoles y discípulos). Mi Padre, añadió, bajando sus divinos ojos y mirando á la multitud, mi Padre ha puesto en mis manos todas las cosas, y ninguna criatura conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre sino el Hijo, y aquel á quien quisiere el Hijo revelar. Venid á mí (puesto que todo está en mi mano), venid á mí todos los que estais en trabajos y gemís bajo de su peso, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es suave y mi carga ligera.

Los preceptos de la ley de Jesucristo son difíciles para la naturaleza, pero fáciles para la gracia.

Los preceptos de la ley de Jesucristo son penosos para la naturaleza, pero la gracia de Dios lo vence todo y los hace fáciles y llevaderos; sobre lo cual dice san Agustín estas hermosas palabras: Cualquiera otra carga te pesa, mas la de Jesucristo te alivia. Cualquiera otra carga tiene plomo, mas la Jesucristo tiene alas. Si al ave quitas las alas parece que la alivias del peso; pero cuanto mas la alivias de este peso, tanto mas quedará cosida con la tierra. Ves, pues, en tierra á la que quisiste aliviar de su peso. Restitúyesele y verás como vuela.

Convida á Jesucristo el fariseo Simon á comer en su casa.

No es de admirar que la sencilla multitud quedase gustosa y enamorada del discurso del Salvador. Su Majestad habia ensalzado en él á los humildes y sencillos, y les habia prometido sus favores; lo admirable es, que en él se hallase un célebre fariseo y tuviese la prudencia

de no darse por ofendido de la indignacion que el Señor habia manifestado contra la hipocresía de su secta; y lo que es todavía mas admirable, que al salir del sermón este mismo fariseo, convidase y rogase al Predicador á que fuese á comer á su casa. Jesucristo, que preveía el importante suceso que habia de tener lugar en el convite, le aceptó gustoso, y entrando en la casa del fariseo, se sentó á su mesa. Era á la verdad un espectáculo bien nuevo ver á Jesucristo sentado á la mesa de un fariseo y en medio de los principales fariseos; pero nada, ni á nadie desdeñaba el divino Maestro cuando se trataba de enseñar su doctrina, salvar á los hombres y glorificar á su eterno Padre.

Conversion de la Magdalena.

Habia á la sazón en la ciudad de Nain, donde esto sucedia, una mujer pecadora, llamada María. Era natural de Betania aldea pequeña, á tres cuartos de legua de Jerusalem, hija de Syr y de Eucaria, muy conocidos entre los Judíos por sus bienes y clase distinguida. Tuvieron estos nobles padres un hijo llamado Lázaro, que fué el primogénito, y dos hijas que fueron Marta y la dicha María. Muertos sus padres, repartieron la herencia entre los tres. A Lázaro y Marta tocaron los bienes que tenían en Betania, y á María el castillo de Magdalon (del que se llamó Magdalena) situado en la provincia de Galilea. Quedóse María por algun tiempo en la compañía de sus hermanos, los que, conociendo la vivacidad de su genio, y la violenta inclinacion que mostraba á la profanidad y al desahogo, hicieron cuanto pudieron por inspirarla el santo temor de Dios, y la compostura y modestia de su clase; pero aprovechó poco su celo.

Cansada Magdalena de una vida tan arreglada, determinó sacudir lo que la parecia un pesado yugo. Juntaba Magdalena á un natural vivo y orgulloso, á un talento